

Buctzotz, donde la casualidad los llevó, ningún indio iba ya en su seguimiento (20).

Francisco de Montejo dió allí algún descanso á sus fuerzas, y en seguida se dirigió á la costa en busca de sus naves. Encontrólas no se sabe dónde (21), se metió en ellas con los restos de su desgraciada expedición y fué á desembarcar en Campeche, no en son de conquista, sino con la moderación del que solicita hospitalidad de un enemigo generoso.

¿Qué era entretanto de Alonso de Ávila y de sus valientes compañeros?

(20) En el Museo de esta capital hemos visto una pequeña pieza de artillería, de unos tres pies de longitud, que, según nos ha informado su actual director D. Juan Peón Contreras, fué encontrada á las inmediaciones de Chichén Itzá. Se presume que sea un falconete abandonado por los españoles en su marcha precipitada hacia la costa, de que se habla en el texto.

(21) LANDA y HERRERA pretenden que los españoles hicieron el viaje á Campeche por tierra, escoltándolos por todo el camino Mux Chel, caeique de Dilam, y dos jóvenes principales de Yobain. COGOLLUDO sujeta esta opinión á una crítica muy juiciosa, y observa que, destrozado como se hallaba, el pequeño ejército de Montejo no hubiera podido hacer una travesía de cincuenta leguas entre pueblos enemigos y belicosos, por más que viajase bajo la égida de aquellos tres personajes, cuya influencia, por otra parte, no pasaba más allá de los límites de sus respectivos dominios. Si á esto se añade que COGOLLUDO se funda en la autoridad del bachiller VALENCIA, quien expresamente asegura que el viaje se hizo por mar, se comprenderá cuánta razón hemos tenido en adoptar la opinión del texto.

CAPÍTULO VIII

1528-1530

Expedición de Alonso de Avila en busca de las minas.—Fundación de otra población española en la Península.—Insurrección de los naturales.—Vanos esfuerzos que hace el contador para comunicarse con Montejo.—Medios de que se vale.—Situación extrema á que se ve reducido.—Abandona por fin á Villarreal.

Cuando sin ninguna preocupación en favor de las dos razas contendientes, nos fijamos en esos tiempos aciagos, pero heroicos, de la conquista, no podemos menos que tributar un homenaje de admiración á muchos de los hombres que desplegaron en ella cualidades extraordinarias. El corazón se estremece de espanto cuando seguimos con el pensamiento á aquellos rudos y enérgicos castellanos al través de las selvas en que se internaban, en un país que no conocían y poblado comúnmente de millares de enemigos. Tal es la impresión que ha causado siempre en nosotros la expedición de Alonso de Ávila.

Se recordará que el contador sólo llevaba consigo cincuenta infantes y dieciséis caballos. Partió valerosamente, por la angosta senda que se le presentó delante de los ojos, en busca de *Tulma* (probablemente *Tuluum*), donde según sus instrucciones debía fundar una ciudad. Los indios no cesaron de hostilizarle durante su marcha; pero él nunca se detuvo para librar una batalla, y se contentó con hacer

algunos disparos sobre las emboscadas, continuando entretanto su viaje. Así llegó hasta Tulma; pero el asiento le pareció muy poco á propósito para poblar, porque estaba rodeado de grandes pedregales y bosques espesísimos, donde la caballería no podría jugar para batir á los indios en el caso de una sublevación. Entonces se dirigió á Chablé—pueblo que había ya desaparecido desde la época de Cogolludo—y tuvo la fortuna de que el cacique se declarase su amigo y aliado. Desde aquí comenzaron las pesquisas del mineralista Francisco Vázquez; pero todos los reconocimientos que practicó de la tierra le persuadieron de que allí no había minas de ninguna especie.

Como el objeto principal de la expedición era buscar oro, Alonso Dávila (1) abrumó á su aliado con preguntas sobre el precioso metal. Este, sea por el deseo de suscitar dificultades á un vecino á quien tal vez odiaba, sea para librarse de la presencia de los españoles ó por otra causa que ignoramos, respondió que en los dominios del cacique de Chetemal podía encontrarse lo que con tanta ansia se buscaba. El nombre de esta última población trae involuntariamente á la memoria el de Gonzalo Guerrero. ¿Qué se había hecho del afortunado liberto que logró casarse con la hija de su antiguo señor? La Historia no lo dice, y los castellanos debían experimentar muy pronto hasta qué extremo eran aborrecidos en aquella provincia.

Alonso de Ávila era hombre que sabía aprovechar el tiempo y las oportunidades, y con el mismo cacique de Chablé mandó llamar al de Chetemal, suplicándole que bajase á su residencia á conferenciar con él, trayéndole al mismo tiempo algunos víveres, de que tenía suma necesidad. La

(1) COGOLLUDO y otros historiadores llaman comúnmente Alonso Dávila á Alonso de Avila. Estas contracciones eran del gusto de la época. Así se formó de Pedro Almindéz Chirinos, Peralmindéz Chirinos, y de Pedro Arias de Avila, Pedrarias Dávila.

respuesta del jefe maya fué digna de un espartano: «Las gallinas que me pide—dijo—están ensartadas en mis lanzas y los maíces en mis flechas.»

Era esta una declaración de guerra, y el impetuoso Dávila salió inmediatamente de su campamento, con veinticinco infantes y ocho caballos, á buscar al autor de tan fiera respuesta. El capitán español se había conducido hasta allí con tanta habilidad, que ya no sólo el cacique de Chablé era su aliado, sino también otros muchos de las poblaciones vecinas. Algunos de éstos le acompañaron en su expedición, y como el viaje por tierra era muy penoso á causa de los pantanos, le sacaron á la costa, donde embarcados todos en canoas, no tardaron en llegar á Chetemal. Encontraron la antigua residencia de Nachancán completamente desamparada de sus habitantes, porque el cacique, que aun no había tenido tiempo de reunir todos sus elementos de guerra, no había encontrado otro medio de conjurar la tormenta que tan presto se le venía encima.

Algo contrariado Alonso de Ávila con esta fuga que le privaba por entonces del placer de la venganza, se puso á reconocer la población. Los terrenos de las inmediaciones estaban dotados de toda la fertilidad de los climas tropicales. La humedad del suelo favorecía el pronto desarrollo de las sementeras, abundaban las maderas de construcción y se criaban silvestres innumerables árboles cargados de preciosa fruta. Estas circunstancias, unidas á la vecindad del mar, le parecieron de inestimable valor para hacer allí la fundación que traía prescrita en sus instrucciones. Mandó por el resto de su gente, que había dejado en Chablé, y cuando toda estuvo reunida, fundó en el asiento de Chetemal una población española con el nombre de *Villareal*.

Entretanto, el cacique que había abandonado su capital se empeñaba en conjurar contra los invasores á todos los indios de la comarca. Dávila tuvo noticia de estos trabajos,

y como le tenía mala voluntad, luego que supo dónde se ocultaba, salió á buscarle con la mitad de su fuerza y algunos aliados. Encontróle encerrado en una empalizada rústica que le servía de fortaleza, y le acometió con tanto vigor, que no tardó en desbaratarle. Volvióse satisfecho á su campamento, y entendiendo que los indios deberían quedar amedrentados con la lección que acababan de recibir, quiso dar tan plausible noticia al Adelantado, y creyó que bastarían para llevarla tres hombres de á caballo y tres buenos ballesteros. Partieron los mensajeros á Chichén, y el iluso capitán se quedó aguardando en Villarreal los sesenta días que les fijó de plazo para dar la vuelta.

Poco tiempo, sin embargo, le duró esta confianza, y al cabo de dos semanas salió para un pueblo llamado *Mazanahó*, sin más motivo que el de saber de sus mensajeros. Poco trecho había andado, cuando comenzó á encontrar los caminos obstruidos con toda clase de obstáculos, señal evidente de que los indios no habían depuesto las armas. Dávila, á pesar de que llevaba sólo veinte soldados, no quiso detenerse, y prosiguió su marcha talando el bosque. Salió á un sendero practicable, donde encontró á un indio, á quien pidió informes. Este le dijo que sus compatriotas habían celebrado una nueva coalición para acabar con los extranjeros, y que así el pueblo adonde iba, como todos los de la comarca, estaban ya armados para ejecutar su designio. Añadió que si seguían aquel camino, indudablemente serían derrotados al llegar á Mazanahó, porque saldrían al sitio por donde estaba mejor fortificado. Dávila preguntó si el pueblo era más accesible por otro lado, y habiendo respondido afirmativamente aquel hombre que parecía tan enterado de cuanto pasaba, se hizo guiar por él y le siguió al través de la selva. Los defensores de Mazanahó se llenaron de asombro cuando vieron súbitamente á los extranjeros dentro de la población, y comprendiendo que era ya imposible la defensa, apelaron al disimulo y

aseguraron que no abrigaban contra ellos intenciones hostiles. Pero Alonso de Ávila les enseñó las fortificaciones, y mientras los indios tartamudeaban una disculpa frívola, aquél tomó la palabra para exhortarlos á deponer las armas, amenazándolos con severos castigos si volvían á empuñarlas.

No habiendo adquirido allí ninguna noticia sobre los seis hombres que había mandado á Chichén Itzá, resolvió pasar á Chablé, creyendo que su aliado, el cacique, podía darle algunos informes. No tuvo necesidad de ir tan lejos, porque en uno de los pueblos del tránsito le informaron que aquellos infelices habían sido asesinados por los indios de la provincia de Cochvá, que se habían sublevado en masa.

Alonso de Ávila se volvió triste y pensativo á Villarreal, aunque, haciéndose todavía la ilusión de que la noticia pudiese resultar falsa, aguardó los sesenta días que había señalado de plazo á los mensajeros. Pero habiendo transcurrido este término sin que apareciesen, y siendo mucha la necesidad que tenía de comunicarse con el Adelantado, resolvió salir él mismo á buscarle, con el ánimo de pasar por Cochvá para castigar á los asesinos de sus compatriotas. Desgraciadamente, estas expediciones no podían hacerse con toda la gente, porque había necesidad de dejar alguna al cuidado de la nueva población. En este aprieto, Ávila ocurrió, como otras veces, á los caciques que le habían brindado su amistad, y con un buen número de aliados, veintitrés soldados españoles de infantería y tres caballos, emprendió su marcha para Chichén. En Bakhhalal (Bacalar) algunos principales le dijeron que, si quería excusar tan largo y dilatado viaje, podía escribir al Adelantado, comprometiéndose ellos á traer la respuesta dentro de treinta días. Pero evidentemente los indios no tuvieron otra intención que la de ganar tiempo para acabar de organizarse, porque, aunque recibieron los pliegos, nunca los llevaron á su destino.

Ávila comprendió entonces que tenía necesidad de dar un golpe atrevido para amedrentar á los indios de aquella comarca, que ya comenzaban á faltarle al respeto. La guerra á la provincia de Cochvá era una oportunidad excelente, y para emprenderla con mayores probabilidades de éxito pasó á Chablé á solicitar la cooperación de sus habitantes. Pero sus antiguos aliados se negaron á acompañarle, y sin desanimarse con esta repulsa, continuó su marcha para ejecutar su designio. En las fronteras de la provincia sublevada se encontró con un pueblo fortificado, á cuya vista le abandonaron los últimos indios amigos que le seguían. Esta conducta llenó de cólera, á los españoles, y corrieron en pos de los fugitivos. Lograron apoderarse de dos caciques, y ciegos de furor, asesinaron bárbaramente á uno de ellos. El segundo debió su salvación á haberse abrazado de las rodillas del capitán.

Este incidente no fué todavía bastante para desanimar á Dávila, y valiéndose del ardid que otras veces le había dado excelentes resultados, dió un largo rodeo y atacó el pueblo fortificado por donde menos le aguardaban sus defensores. Los indios se defendieron con valor, y los castellanos se vieron en grande aprieto, porque eran veintiséis contra tres mil. No obstante, venció la superioridad de sus armas, y los naturales, después de algunas horas de combate, abandonaron la población. Un prisionero aseguró al capitán que el camino que iba á seguir estaba erizado de peligros semejantes al que acababa de vencer, y aunque con este motivo los castellanos variaron de dirección, no por eso disminuyeron las dificultades. Casi en cada pueblo de su tránsito tenían que librar un combate, y á los pocos días de marcha notaron con espanto que muchos de ellos iban heridos. Entonces Alonso de Ávila, comprendiendo que todo el país se había puesto en armas para resistirle, desistió de su viaje á Chichén Itzá. Es verdad que la vuelta á Villarreal estaba también muy preñada de dificultades;

pero al fin la distancia era menor, y el cacique á quien salvó la vida en Cochvá se ofreció á servirle de guía. Los expedicionarios pusieron su confianza en él, y después de una marcha penosísima al través de enmarañadas selvas, de ciénagas y pantanos, lograron al fin salir á su campamento, sin haber encontrado en su trayecto una sola población.

Alonso de Ávila estaba muy contrariado. Parecían inadecuados todos los medios que inventaba para poner en contacto las dos primeras poblaciones españolas de la Península. Y sin embargo, era urgente comunicarse con el Adelantado, para que tomase una resolución en vista de lo que acontecía. Francisco Vázquez había acompañado al capitán en todas sus salidas, y en ninguna se había encontrado indicio alguno de que la tierra produjese minas. Además, la nueva colonia se hallaba cercada de peligros por la escasez de sus recursos, que cada día aumentaba, y por la sublevación general del país. Tal vez si Alonso de Ávila se hubiese determinado desde aquel instante á levantar su campamento para reunirse con el Adelantado, hubiera evitado muchas de las desgracias que llovieron después sobre las dos fracciones del pequeño ejército expedicionario. Pero quizá sus instrucciones eran muy terminantes, y no atreviéndose á faltar á ellas, puso en juego nuevos recursos para alcanzar su antiguo designio.

Algunos de éstos fueron de un carácter violento y cruel, y sirva de ejemplo el siguiente. Un destacamento que había salido de Villarreal á la órdenes de Martín de Villarrubia, logró apresar unas canoas, entre cuyos pasajeros se hallaba el hijo de un cacique de las cercanías. Dávila hizo venir á su campamento al padre del prisionero, y entregándole un pliego para el Adelantado, le dijo que si dentro de un mes volvía de Chichén con la respuesta, su hijo sería puesto en libertad y devolvería todos los objetos aprehendidos en las embarcaciones. El indio recibió el paquete y se re-

tiró. Cuando, transcurrido el plazo, el capitán le hizo volver á Villarreal y le interrogó, dijo que el pliego había marchado; pero que como todo el país estaba en son de guerra, los mensajeros habían sido asesinados en el tránsito. Alonso de Ávila creyó comprender que se le engañaba, y apeló á ese recurso bárbaro que tan en boga se hallaba á la sazón en toda la Europa. Puso al cacique en el tormento, y habiendo arrancado el dolor á éste la confesión de que el mensaje no había marchado, el español quiso ensayar el medio de hacer cambiar el papel de sus víctimas. Ordenó al hijo que pasase á Chichén, quedando entretanto en rehenes el cacique. Pero el mancebo imitó la conducta de su padre, y no vaciló en abandonar á éste á la rabia castellana por cumplir con un deber de patriotismo.

Las violencias cometidas por la fuerza invasora en esta expedición, no fueron solamente del género de las que acabamos de referir. Aprehendida una joven india de extraordinaria hermosura, fué requerida de amores por varios castellanos, con la esperanza acaso de que la timidez que se apodera de los seres débiles en el cautiverio, la hiciera acceder á sus torpes deseos. Pero la joven manifestó que era casada; que al despedirse de ella su marido para ir á la guerra, le había jurado fidelidad, y que ningún respeto humano la haría faltar á su juramento. Ruegos y amenazas fueron inútiles para vencer su constancia, y entonces su inhumano carcelero tomó la bárbara determinación de arrojarla á sus perros, que la hicieron pedazos. Tal, por lo menos, lo asegura un historiador, que ciertamente no puede ser acusado de haber disimulado á los conquistadores ninguna de sus faltas (2).

Mientras se verificaban estos sucesos, se conjuraba una nueva tormenta contra la reciente colonia. Los indios de aquella región del país, viendo que los españoles no salían

(2) LANDA, *Relación de las cosas de Yucatán*, § XXXII.

ya de su campamento, resolvieron incomunicarlos con un sitio riguroso para matarlos de hambre. Llegó á noticias de Ávila esta resolución, y para conjurarla se proveyó de cuantos víveres pudo, con el ánimo de resistir hasta tener noticias de Montejo. Bien hubiera querido ser atacado en Villarreal, porque su posición ventajosa le habría dado indudablemente la victoria. Pero los indios no lo intentaron nunca, y con esa calma imperturbable que es uno de los rasgos distintivos de su carácter, resolvieron aguardar á que el hambre y el fastidio hiciesen huir á sus enemigos.

Y no se equivocaron en sus cálculos; porque hacia el año 1530, Alonso de Ávila, exasperado de no haberse podido comunicar con Montejo, y presumiendo, por el largo silencio que guardaba, que había perecido con su ejército ó abandonado el país, resolvió abandonar también á Villarreal, para no morir de inanición en su aislamiento. Embarcóse con los cuarenta hombres que le quedaban en unas canoas que había quitado á los indios, salió al mar y navegó hacia el Sur, con rumbo á Honduras. Era tal ya la miseria de los expedicionarios, que para haber de comer en este viaje, tenían necesidad de bajar periódicamente á tierra, para recoger frutas silvestres, palmitos y cangrejos. Así llegaron á Trujillo, donde se encontraron con que los colonos pasaban casi las mismas miserias que los de Villarreal. Pero á los pocos meses de su llegada arribaron al puerto dos navíos procedentes de Cuba, en uno de los cuales se embarcó el antiguo contador con su gente. Dió una vuelta casi completa alrededor de la Península, solicitando de Montejo, y al fin hubo de encontrarle en Campeche, donde luchaba todavía con su mala fortuna.